

Ramón Gutiérrez

En tiempos de arquitectos olvidados de la ciudad y obsesionados por lo objetual —edificios con vocación de tapa de revista, ahora preferentemente «sustentables» e «inteligentes»—, no es común que igual dosis de *inteligencia* trascienda los estrechos límites de la profesión y se convierta en reflexión de interés general, propiciatoria de un sentido de identidad y pertenencia. En ese campo de excepción se ha movido —se mueve— Ramón Gutiérrez, a quien la legislatura de la Buenos Aires, su ciudad natal, acaba de distinguir como ciudadano ilustre.

Tenía seis años cuando sus padres —él argentino, ella uruguaya— pasaron a vivir en Rosario. Hizo allí escuela y liceo y volvió por un tiempo a la Nueva York del Sur —así la veía Le Corbusier en el 29—, donde se formó como arquitecto. Conoció allí a una compañera de estudios, luego compañera de toda la vida, que inventó un viaje a Salta y Jujuy en todo sentido muy seductor. Una vez terminados sus estudios y ya con familia formada, la mente del joven arquitecto, sensible al mensaje humanista del Rdo. P. Louis J. Lebret y al más combativo de Arturo Jauretche, ya ha volado lejos de la General Paz. La Argentina americana es un llamador potente, y las circunstancias políticas impondrán a partir de 1966 un largo exilio interno, en Resistencia, a mil kilómetros de la capital. Será un tiempo fermental para ordenar su pensamiento, superar la visión estrecha de *arquitectura de arquitectos*, situar sus reflexiones en un escenario histórico concreto y centrarlas en una concepción antropológica donde *lo arquitectónico*, sin perjuicio de su especificidad y de la consecuente necesidad de un enfoque adecuado a esa condición, es asumido como proyección sobre el suelo de un proceso cultural complejo, indisoluble de un lugar y un tiempo determinado.

Historia, cultura y esa *arquitectura* de visión ampliada se dan la mano y se enlazan con *lo patrimonial*, un valor que hoy en Iberoamérica se veía muy menguado sin sus aportes, pero que entró en su vida de forma casual, siendo aún niño, cuando en las páginas de *Billiken* —lectura compartida— apareció una referencia al libro de Constancio Vigil sobre los monumentos históricos argentinos. Lo compró su padre sin imaginar que

inauguraba una biblioteca que el tiempo haría crecer hasta convertirse en un repositorio especializado de valor incalculable. Buena parte de ese crecimiento se gestó en Resistencia (también en *resistencia* frente a las décadas oscuras) y se fue complementando con tiempos de experiencia directa en un horizonte ampliado, desde el Cuzco a Sevilla. Cuando en 1992 se publicó en Madrid *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, ya el pensamiento de Ramón Gutiérrez, argentino-oriental por herencia y sentimiento, estaba maduro para encarar una visión abarcadora de una trama compleja con urdimbre de siglos. Y el libro, hoy referencia obligada, da de ello prueba definitiva.

Siguió Ramón investigando y produciendo conocimiento, recorriendo esta amplia parcela del mundo enseñando y aprendiendo y, sobre todo, enseñando a aprender, con espíritu abierto y generoso. Y por si todo eso fuera poco, en el año 2001 decidió obstinadamente seguir en este mundo y multiplicar el ritmo de su trabajo —ya avasallante— haciendo creer a más de uno que a veces tenemos la suerte de encontrarnos con uno de los varios Ramón Gutiérrez que andan por estas tierras, ya que es difícil pensar que tanta actividad quepa en una sola persona. Pero no hay misterio. Simplemente está asumiendo su lugar en el mundo, haciendo lo que nadie haría como él. Y manteniendo viva la llama de lejanas voces. Del Rdo. P. Louis J. Lebret entre las principales, que no se cansaba de definir su visión de la *economía humana* como ciencia social integradora al servicio del hombre, cuyo objetivo medular era pasar «de una situación humana a otra más humana». De ese trillo nunca se apartó Ramón Gutiérrez, y en el camino encontró entre nosotros entrañables compañeros de ruta: Juan Pablo Terra y Antonio Cravotto, entre los más cercanos.

Lebret estuvo en Montevideo en agosto de 1956 y dictó tres conferencias, una de ellas en el Instituto de Teoría y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura. Había en ese entonces una sintonía que le fue grato reconocer entre sus palabras y la práctica del Instituto, sintonía que el tiempo y las circunstancias irían diluyendo, pero cuyos fundamentos cobrarían nueva fuerza en los grupos socialcristianos que por ese tiempo estaban sentando las bases del CLAEH. Bien oportuna entonces, en esta instancia referencial de una historia viva y exitosa —los cien números de su revista— que Ramón Gutiérrez esté presente. ¡Tantas cosas los unen!

Nery González*

* Arquitecto. Fue presidente de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay y secretario de la Comisión del Patrimonio Cultural de la Nación.